

LAS LENGUAS EN LA EDAD MEDIA. NOTAS SOBRE LA LENGUA LATINA

THE LANGUAGES IN MIDDLE AGES. NOTES ABOUT LATIN LANGUAGE

LUIS ROJAS DONAT

Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Educación y Humanidades, Universidad del Bío-Bío.
e-mail: lrojas@ubiobio.cl

RESUMEN

El presente trabajo hurga en la importancia que tuvo la lengua en la vida universitaria medieval. Se presenta la preocupación de los universitarios en tres aspectos: 1. El carácter universal de la lengua. 2. La significación y la imposición de los nombres. 3. La palabra como instrumento de comunicación y de enseñanza.

PALABRAS CLAVES: Latín, escolástica, gramática, universidad, lengua.

ABSTRACT

This paper investigates the importance of the language in medieval university life. It shows the academics interest in three areas: 1. The universal character of language, 2. the meaning and imposition of names. 3. words as instruments of the communication and teaching.

KEYWORDS: Latin, scholastic, grammar, university, language.

Recepción: 17/05/04. Revisión: 02/08/04. Aprobación: 20/10/04

INTRODUCCIÓN

Uno de los caracteres fundamentales de la cultura universitaria medieval, esto es, la cultura erudita, es el lugar privilegiado que ocupaba la lengua latina. Pero ella coexistía con una o varias lenguas vernáculas. Por eso la civilización del occidente medieval es una civilización bilingüe, entendiendo este bilingüismo como una diglosia, es decir, la coexistencia de dos lenguas, actuando una como lengua espontánea y conversacional y otra como lengua de cultura codificada. En la sociedad occidental, desde la alta Edad Media, ya no se empleaba el latín como lengua materna, ni siquiera parece que llegara a ser una lengua dominante de los grupos

numéricamente más importantes. En todas partes se habían impuesto las nuevas lenguas vernáculas, acompañadas, casi todas ellas, de las subdivisiones dialectales (Lüttdke, 1968). En los países donde la cultura romana arraigó desde más antiguo y con más fuerza, se hablaban diversas lenguas latinas: italiano, catalán, castellano, portugués, lengua d'oc y lengua d'oïl; en los otros lugares, triunfaban las lenguas anglosajonas o germánicas. En la Europa central dominaban las lenguas eslavas, al tiempo que se veían arrinconadas al extremo occidental las lenguas celtas.

Como puede advertirse, al final de la Edad Media, las lenguas vernáculas contaban ya con un pasado largo que había teni-

do muchos momentos de esplendor. Ellas eran utilizadas tanto por la más alta aristocracia como por el pueblo llano. Aunque algunas de ellas seguían siendo lenguas orales, como el bretón y el vasco, la mayoría de ellas disponía de un lenguaje escrito que les permitía contar con una producción literaria abundante y diversa. No eran, pues, solamente vehículos de comunicación cotidiana, sino que eran también lenguas literarias que habían dado, o comenzaban a dar, obras maestras en diversos géneros: poesía épica, cortesana o satírica, novelas, teatro, historia, etc.

También las lenguas vernáculas se habían convertido, en proporciones variables dependiendo de los países, en lenguas de gestión y administración, incluso de gobierno; se utilizaban para llevar las cuentas, redactar estatutos u ordenanzas, promulgar leyes o dictar veredictos, arengar las asambleas o alegar ante los tribunales.

A pesar de todo ello, el *status* de la lengua vernácula era una cuestión discutida y su dignidad cuestionada. Hasta el siglo XV por lo menos, los gramáticos pretendieron ignorar su validez como vehículo digno de comunicación oral y escrito, y para ser exactos, ni siquiera formaba parte de la enseñanza como una disciplina. Minusvalorada debido a la ausencia de una dimensión teórica, la lengua vernácula arrastraba una relativa pobreza léxica, una cierta imprecisión en la morfología y en la sintaxis y, evidentemente una inestabilidad ortográfica.

Cuestión muy diferente era el *status* del latín. Su prestigio inmutable tenía orígenes remotos, para lo cual habría que remontarse al renacimiento carolingio del siglo IX. En efecto, fue precisamente en esta época cuando las lenguas vernáculas —al menos las romances, las derivadas de la lengua latina— se separaron definitivamente del latín, y éste, que gracias a la renovación del lenguaje escrito y a las prácticas escolares había recuperado una relativa pureza, de alguna manera

se atrincheró en la posición privilegiada de lengua culta y elitista. Esta posición de privilegio se vio favorecida por el hecho de que en el Occidente cristiano las otras lenguas clásicas —el griego y el hebreo sobre todo— habían caído casi por completo en el olvido, y solamente un número muy reducido de individuos aislados las conocían.

El latín era ante todo una lengua sagrada: era la lengua de las Escrituras, de la liturgia, del culto y de los sacramentos; en otros términos, era la lengua de los sacerdotes y de los monjes. En el terreno religioso, la lengua vernácula estaba prácticamente confinada a la predicación oral destinada a los laicos. La redacción o la traducción en lengua vernácula de obras religiosas, en especial de la Biblia, sin estar estrictamente prohibidas o ser desconocidas, se llevaban a cabo con gran comedimiento, ya que suscitaban fácilmente la desconfianza de la Iglesia, sobre todo si los autores de dichas traducciones eran laicos. Definitivamente, la palabra sagrada debía leerse en latín, aunque para su cabal comprensión fuera necesario explicarla mediante el uso de la lengua vernácula. No obstante, su manejo y su interpretación estaba monopolizado en un grupo muy celoso de especialistas: los monjes.

Por otra parte, el latín era la lengua portadora de toda la herencia clásica. Casi todo estaba escrito en latín, tanto si se trataba de obras latinas originales como de obras griegas traducidas al latín, ya fuera gramática, filosofía, ciencias, derecho, medicina, historia. Evidentemente, el legado así transmitido estaba incompleto: parcelas enteras de la cultura clásica habían sido olvidadas en Occidente, especialmente todo aquello que no había sido traducido al latín de la literatura griega. Pero de lo que se disponía, el latín gozaba de un monopolio casi absoluto.

Lógicamente, al ser el latín la lengua de las Escrituras y de la cultura erudita, era también la lengua de la enseñanza. Estudiar implicaba, en primer lugar, estudiar “las le-

tras” (*litterae*), es decir, el latín; y al que había estudiado se le llamaba *litteratus*, lo que significaba fundamentalmente que sabía latín.

Toda la enseñanza universitaria se hacía en latín. Era ésta la única lengua que, en Europa, podía comunicar a personas de diferentes nacionalidades, estudiantes venidos de lugares diversos, de centros de estudios lejanos, que acudían buscando a los maestros de prestigio, como era el caso de la Universidad de París y de Bolonia. Llegaban habiendo ya aprendido los rudimentos de la lengua latina en las escuelas monásticas o las episcopales, donde toda la enseñanza de la lectura y la escritura –la gramática– se hacía en latín. En este aprendizaje de base se usaba la lengua vernácula para explicar a los alumnos las reglas, los significados de las palabras, etc., pero la lengua nacional no era más que un medio y no el objeto de los estudios. Los manuscritos que servían para la enseñanza conservan las apostillas que los maestros con mucha frecuencia escribían en los márgenes en su lengua materna.

1. EL CARÁCTER UNIVERSAL DE LA LENGUA

El gramático Petrus Helias definía la gramática como “la ciencia del bien hablar y del bien escribir” (*scientia recte loquendi et recte scribendi*) en una lengua determinada¹. Se

consideraba que había diferentes especies de gramática: la gramática latina, la hebraica, la griega, la caldea. Sin embargo, había cierta opinión relativamente general de que la gramática era una ciencia universal y que era la misma para todos los pueblos y todos los tiempos. Habiendo incursionado ya los árabes en este campo, los europeos siguieron esta concepción que concibe una gramática universal distinguiendo entre la ciencia de las palabras –*quid nominis?*– y la ciencia de las reglas –*regulae*– de las palabras. Con esta distinción se quería evidenciar la realidad que mostraba la estructura del lenguaje humano ya advertido por Aristóteles (*De interpretatione*, I, 16^a, 6-7): la ciencia de las palabras debía ser particular a cada lengua, en cambio la ciencia de las reglas prácticamente la misma para todas. Si Aristóteles había señalado que una ciencia, por el solo hecho de serlo debe aspirar a lo universal, es decir, ser universal, aquella distinción resultaba ser muy importante, porque llevaba implícita la cuestión de saber si las gramáticas de las lenguas individuales son solamente especies del género llamado gramática. Precisamente, este interesante tema lo aborda el maestro Jordanus, que escribe hacia 1250 su comentario sobre *Priscianus Minor*²:

¹Escasos e inciertos son los datos sobre Petrus Helias: discípulo de Thierry de Chartres en París hacia 1130, aparece mencionado entre los profesores de retórica que tuvo Juan de Salisbury. Escribió la *Summa super Priscianum*, cuyos primeros tres libros fueron publicados por L. A. Reilly (1975) y los dos últimos por J. E. Tolson (1978).

²Prisciano, gramático del siglo VI, escribió las *Institutiones grammaticae*, que es el tratado de gramática más completo que la antigüedad nos ha legado. En el medievo se pensaba que estaba compuesto de dos partes: los 16 primeros libros llamados *Priscianus maior* o *magnus*, que tratan de la morfología, y los dos últimos, *Priscianus minor*, de la sintaxis.

Aquí hay que hacer cuatro preguntas: la primera: ¿la gramática es ella un arte?; luego, ¿es ella necesaria?; tercera, ¿de qué género de asuntos trata ella?; cuarta, ¿cuál es su relación con la lógica?

Que ella no es un arte o una ciencia, esto se advierte claramente de esta manera: toda ciencia aspira a lo universal, como dice Aristóteles; la gramática no trata de cosas universales; en consecuencia no es una ciencia. Que ella no trata de lo universal es evidente, ya que se ocupa de las palabras; las palabras son perceptibles a los sentidos, pero aquello que es perceptible a los sentidos no es universal, sino particular o singular.

Igualmente, toda ciencia se encarga de lo inmutable. De donde Aristóteles, en el libro de los *Analytica posteriora*: la ciencia está fundada sobre lo necesario y concierne a lo necesario. Y en el sexto libro de la *Metaphysica*: la ciencia trata de aquello que permanece igual, sea de manera simple, sea por la parte más grande. Pero la gramática trata de la palabra compuesta de letras y articulada, que cambia según las diversas lenguas. Entonces, la gramática no es una ciencia.

No obstante, en sentido opuesto dice Tulio [*Cicerón*]: un arte es la colección de numerosos preceptos que tienden hacia un mismo fin. Luego, la gramática es de ese género. Y esto, yo lo acepto.

Al primer argumento hay, pues, que decir que la gramática trata de cosas perceptibles a los sentidos, puesto que ella trata de la palabra, pero aquello que es perceptible a los sentidos puede ser considerado de dos maneras, sea según su ser común o según si abstrae [*lo común*] de tal o cual cosa perceptible a los sentidos; según el aspecto de la significación o según concierne a tal o cual cosa perceptible a los sentidos. De la primera manera, [*lo que es perceptible a los sentidos*] es universal y así puede haber una ciencia para esto; de la segunda manera, es singular y no puede ser objeto de una ciencia.

Al segundo argumento, hay que decir que, si bien las palabras en tanto que palabras no sean las mismas en todas partes, por lo tanto, según el modo de ordenación y según el concepto que guardan, son las mismas en todas partes. Porque los conceptos son los mismos en todas partes, como quiere Aristóteles. El modo de ordenar el enunciado según la conformidad o la discordancia de los accidentes, es el mismo en todas partes (Grabmann, 1956).

Hic quattuor sunt querenda: primo an grammatica sit ars, deinde an sit necessaria, tertio cuius generis sit subiecti, quarto de ordine eius ad logicam.

Quod non sit ars sive scientia, videtur sic. Omnis scientia est de universali, ut dicit Aristoteles. Grammatica non est de universalibus. Ergo non est scientia. Quod non sit de universali patet. Est enim de vocibus. Voces autem sunt sensibiles. Sensibile autem non est universale, sed particulare vel singulare.

Item omnis scientia est de impermutabili. Unde Aristoteles in libro Posteriorum: scientia est ex necessariis et circa necessaria, et in VI Metaphysice: scientia est de eo, quod permanet aut simpliciter aut pro maiori parte. Sed grammatica est de voce litterata, articulata, que permutatur apud diversas linguas. Ergo grammatica non est scientia.

Sed contra dicit Tullius: ars est collectio multorum preceptorum ad unum finem tendentium. Sed grammatica est huiusmodi et hoc concedo.

Ad primum ergo dicendum quod grammatica est de sensibilibus. Est enim de voce. Sed sensibile dupliciter potest considerari, vel secundum esse commune, secundum quod abstrahit ad hoc et illo sensibili, vel secundum esse significationis, secundum quod concernit hoc vel illud sensibile. Primo modo est universale et sic de eo potest esse scientia, secundo modo singulare et sic de ipso non potest esse scientia.

Ad secundum dicendum, quod licet voces inquantum voces non sint eedem apud omnes, tamen secundum modum ordinandi et secundum intellectum, quem constituunt, sunt eedem apud omnes. Intellectus enim, ut vult Aristoteles, sunt idem apud omnes. Modus etiam ordinandi dictionem secundum conformitatem accidentium sive difformitatem est idem apud omnes.

No son pues las lenguas particulares ni las particularidades de una lengua concreta lo que importa a la ciencia de la gramática, sino las virtudes generales de la lengua. El “discurso ordenado para significar” (*sermo ordinatus ad significandum*) responde a una lógica esencialmente humana, y al hallarse presente en toda lengua, los conceptos y las reglas son las mismas en todas ellas. En definitiva, una gramática que trata *del discurso congruo según sea abstraída de toda lengua especial*, como lo creía Robert Kilwardby, en su comentario sobre *Priscianus Minor*; o bien una gramática *según la sustancia en todas las lenguas, aunque ella varíe de manera accidental*, como señalaba Roger Bacon, autor que se interesó mucho en la lengua³.

La teoría de la gramática universal se desarrollaba simultáneamente con la experiencia cotidiana que el hombre medieval tenía al convivir con la diversidad de las lenguas. Esta preocupación intelectual se ampliaba a las vinculaciones que se establecían entre las distintas lenguas. Para Roger Bacon, no había más que lenguas sabias (*linguae sapientiales*) que eran las que para él contaban; la lista que presenta al hablar de la filosofía, comprende el hebreo, el griego, el árabe, y hablando de la teología, el hebreo, el griego, el latín. Consideraba él que se había producido una *traslatio*, un trasvasije del hebreo al griego y del griego al latín como una manifestación de la palabra de Dios a través del tiempo. Y agregaba que estas lenguas sabias se aprenden por la gramática, mientras que las lenguas vernáculas se aprenden en el intercambio oral entre padres e hijos. En consecuencia, solamente las primeras son objeto de una teoría.

³Roger Bacon (1210-1292) Estudió en París y en Oxford. Discípulo de Robert Grosseteste. Su principal obra es *Opus maius*, donde trata acerca de la ignorancia humana, las relaciones entre las ciencias profanas y la Teología, la naturaleza de la perspectiva, la ciencia experimental, y en lo que aquí respecta, estudia la utilidad de la gramática.

Sin duda, la reflexión sobre el latín ocupa un lugar importante en la producción intelectual de la Edad Media. Los ejemplos son numerosos, especialmente los que tratan acerca del latín sagrado, el de la Biblia; pero también se encuentran reflexiones acerca de los vínculos entre el latín y las lenguas vernáculas. Al formularse preguntas respecto del *status* y la dignidad del latín respecto del francés o del inglés, la lengua latina generalmente era considerada como superior a otras, pero las opiniones acerca de la prioridad del francés o del inglés variaban. Es necesario decir que muchos eruditos de esta época, viviendo en Inglaterra, eran trilingües, como lo era entonces Roger Bacon que se jactaba de ello.

2. LA SIGNIFICACIÓN Y LA IMPOSICIÓN DE LOS NOMBRES

La reflexión sobre los vínculos entre las palabras y las cosas, o entre el signo y el significado, toca a la semántica y a la semiología. Ella reposa sobre la teoría de la imposición de los nombres (*impositio nominis*): los conceptos y las cosas reciben su apelación *ad placitum*, es decir, según la voluntad. Esto lo dice Aristóteles al comienzo de su *Perihermeneias*⁴ donde, al hablar del modo de significar, señala que el nombre es una palabra significativa *ad placitum* intemporal. Naturalmente este principio se encuentra analizado en los comentarios que muchos intelectuales hicieron sobre este libro, como por ejemplo, el realizado por Pedro Abelardo:

⁴*Perihermeneias*, cap.II, traducido como *De interpretatione*. Pero a Aristóteles se llegaba de la mano de Porfiro de Alejandría (s.III) que hizo una introducción sistemática a las Categorías, muy conocido en la Edad Media como la *Isagoge*.

Después de haber mostrado que las palabras designan los conceptos y que, a su turno, son designados por las letras, él [*Aristóteles*] demuestra que la significación de las palabras y de las letras no tiene relación con la naturaleza, sino a la decisión de los hombres, a saber cuando él dice que no son las mismas en la función de significar en los pueblos de lenguas diferentes. Si un griego entiende una palabra de un latino o lo ve en su escritura, ni la palabra ni la letra tendrá para él función de significar; porque las palabras diversas y las letras diversas, es decir, las figuras de las letras, son utilizadas por diversos pueblos. Entonces, hay que negar que las palabras y las letras, en tanto que son palabras y letras, quedan las mismas en su función de palabra y de letra, pero hay que conceder que ellas quedan iguales según su esencia, como las cosas designadas quedan iguales entre ellos [*los pueblos*] como también las otras cosas. Porque lo mismo que la sustancia ‘hombre’, si se haya en un pueblo de otra lengua, no pierde la esencia de su sustancia a causa de la diferencia de lengua, así como una palabra, una letra no varía su ser, que la naturaleza ha creado, sino que pierde su función de significar, que la voluntad de los hombres ha instituido (Geyer, 1927).

De este modo, las palabras existen como entidades en cualquier situación, pero su significación les es dada —o impuesta— por los hombres.

Se extendió este principio a la lengua en general: los *significata* o significados son considerados como universales y distinguidos

La significación de un nombre es doble, un saber general (por esto todo nombre se dice ser un nombre, porque significa la sustancia con la cualidad); y esta significación general es el principio de la construcción; por ello el gramático la pone en la definición del nombre. Pero está también la significación, según la cual la voluntad ha impuesto un nombre y ésta [*la significación*] es considerada por el [*filósofo*] lógico (Pinborg, 1967).

Et quemadmodum. Ostenso quod voces significant intellectus et quod rursus ipsae a litteris significantur, demonstrat significantionem vocum et litterarum non pertinere ad naturam, sed ad positionem hominum, cum videlicet dicit eas non esse easdem in officio significandi apud gentes diversarum linguarum. Si enim Graecus vocem Latini audiret vel in scriptura eius aspexerit, nullum officium significandi apud eum vel vox vel littera habebit; quippe diversis vocibus ad significandum et diversis litteris, id est figuris litterarum, diversae gentes utuntur. Voces ergo et litterae in eo quod voces sunt vel litterae, bene eadem permanere in officio vocis vel litterae denegantur, et eadem esse secundum essentiam suam tanquam res acceptae bene apud eos eadem esse, sicut ceterae res conceduntur. Sicut enim haec substantia ‘homo’, si sit apud gentes alterius linguae, propter linguae diversitatem essentiam suae substantia non amittit, sic neque vox aliqua nec littera esse suum variat, quod natura condidit, sed officium significandi perdit, quod hominum voluntas instituit.

como *significata specialia*, es decir, los conceptos y las cosas que son en todas partes las mismas, y *significata generalia*, derivadas de las cualidades generales de las cosas y designadas por las *partes orationis*, las partes del discurso. Esta distinción se haya muy bien descrita en Nicolás de París:

Duplex est significatio nominis, scilicet generalis (quo nomen omne dicitur esse nomen, scilicet quia significat substantiam cum qualitate), et hec significatio generalis est principium construendi; ideo hanc ponit grammaticus in diffinitione nominis. Est etiam significatio ad quam impositum est nomen ad placitum, et hanc considerat loycus.

Entonces, la gramática no se ocupa de las palabras particulares sino de los principios generales o esenciales, los *significata generalia*, o como también dicen otros especialistas, los *modi significandi*, los modos de significar, de donde nace la escuela de los modistos⁵.

Esta teoría de la significación y de la imposición de los nombres, en parte tomada de San Agustín, es evidentemente desarrollada también por Roger Bacon, especialmente en su obra *De signis* y en su *Compendium studii theologiae*. Pueden referirse algunos detalles interesantes de su manera de tratar esta materia. En primer término, en lugar de decir que la palabra recibe su significa-

ción por una decisión individual, como lo había dicho por ejemplo Boecio, siguiendo a Aristóteles, Bacon consideraba que es el uso o la costumbre que determina la significación. Y si la palabra tiene sentidos secundarios, Bacon hablaba de muchas *impositiones*, que viene de los diferentes usos que de ella se hace. Por otra parte, Bacon ponía énfasis en el contexto en el cual la palabra funciona, estimando que los enunciados no tienen un sentido inmutable. Era un hombre que tenía gusto por las cosas concretas, como se aprecia igualmente en el siguiente pasaje, en el cual explica que una palabra pueda también perder su *impositio*:

Boecio dice en su libro de las divisiones: ‘puede decirse que una palabra es significativa si no hay ninguna otra cosa que ella significa’.

Igualmente, uno de los [*dos*] relativos es destruido, el otro relativo es destruido también. Porque si no hay padre, no hay hijo, y vice-versa. Entonces, el signo y lo significado son relativos, luego, lo significado habiendo sido destruido, no tendrá palabra significativa.

Del mismo modo, nada que venga del exterior y de lo extrínseco –y no de la naturaleza de las cosas– puede serle necesario y perpetuo; entonces, la significación no es de la naturaleza de la palabra, sino que le viene del exterior, y ella [*la palabra*] tuvo un día su materia y su forma en el ser completo de su naturaleza sin esta significación. La consecuencia es que la significación no le es ni necesaria ni perpetua, entonces puede serle retirada.

Del mismo modo, aquello que solamente puede recibir alguna cosa por nuestra voluntad, puede también por nuestra voluntad perder dicha cosa; entonces, los nombres impuestos a las cosas son signos según nuestra voluntad; en consecuencia, pueden perder su función de signo cuando que-

Boethius quidem libro Divisionum dicit, “Si nulla alia sit res quam significet, vox designificativa esse non dicitur”

Item, perempto uno relativorum, perimitur et relativum alterum. Si enim non est pater, non est filius, nec e contrario; sed signum et signatum sunt relativa; igitur, perempto signato, non erit vox significativa.

Item, nihil quod venit [ab] extra et ab extrinseco nec de natura rei potest esse necessarium ei et perpetuum; sed significatio non est de natura vocis, sed accidit ei ab extrinseco, et aliquando [sine] illa habuit suam materiam et formam in esse completo naturae suae; igitur significatio non est ei necessaria nec perpetua; igitur potest deleri ab ea.

Item, quod solum recipere potest aliquid ad placitum nostrum potest ad placitum nostrum perdere allud; sed nomina imposita rebus sunt signa ad placitum nostrum; ergo possunt amittere rationem signi, cum placeat nobis. Et hoc patet per experientiam quasi infinitorum nominum et

⁵La escuela de los modistos (*modistae*) floreció entre la primera mitad del siglo XIII y la primera década del XIV, primero en París, después en Bolonia y Erfurt. (Maierù, 1994).

ramos. Y esto es muy claro por la experiencia de un número casi infinito de nombres y de verbos que tenían una significación en tiempos pasados, pero que actualmente no significan nada para nosotros. Si alguno los pronuncia, los cogemos como palabras no significativas, y no nos harían comprender, como si yo dijese 'Faxo domum', 'Faxis arcam', 'Faxit ecclesiam', nadie comprendería hoy en el uso común; y estos verbos no significarían nada para el que sea, aunque en el pasado faxo, faxis, faxis significaban faciam, facies, facies, según el testimonio de Prisciano, y hay un sinnúmero de palabras así.

Del mismo modo, podemos ver esto con otros signos, pues, cuando los hombres saben que hay vino en una taberna, un letrero circular expuesto como signo tiene la función de signo del vino. Pero cuando saben que no hay vino en la taberna, aunque el letrero circular esté allí, nadie toma este letrero circular por signo del vino, porque, habiéndolo visto, no entran por el vino, captando que no ha significado. Entonces, el [*círculo*] ha perdido ya su función de signo por la misma voluntad de los hombres por la cual fue en un comienzo instituido signo (Maloney, 1988).

Por lo tanto, para Bacon, sólo la imposición da a las palabras significación. Esta imposición implica una reflexión intelectual y un acto de la voluntad, por la cual se impone un sonido vocal a una cosa o a un concepto.

3. LA PALABRA COMO INSTRUMENTO DE COMUNICACIÓN Y DE ENSEÑANZA

Es ya sabido que la lengua latina fue casi la única lengua utilizada en la enseñanza universitaria. Pero no había una sola lengua latina. Algunos autores fueron conscientes de la evolución de la lengua, como el mismo Roger Bacon, que llamaba la atención acerca de las numerosas palabras antiguas que habían caído en desuso en su época. Tam-

verborum quae antiquitus significabant, sed nunc apud nos nihil significant. Quae si quis proferret, reputarem voces non significativas, nec aliquid intelligeremus per eas, ut si dicerem, "Faxo domum", "Faxis arcam", "Faxit ecclesiam", nullus nunc in usu communi intelligeret; nec alicui significarent ista verba aliquid, licet antiquitus 'faxo', 'faxis', 'faxit' significabant 'faciam', 'facies', 'faciet', testante Prisciano, et sic de infinitis.

Item, hoc possumus videre in aliis signis, nam, quando notum est hominibus quod vinum est in taberna, circulus expositus pro signo tenet rationem signi vini. Quando [autem] sciunt quod vinum non est in taberna, licet exponatur circulus, nullus tamen recipit circulum pro signo, quia, illo viso, non intrent pro vino, scientes quod non est signatum. Igitur iam cecidit a ratione signi eadem voluntate hominum qua fuit prius signum factum.

bién estaba consciente de las diferencias regionales, puesto que por analogía con los dialectos de las lenguas vernáculas, distinguía los *idiomata* o dialectos en latín, a saber, el que hablaban los picardos, los españoles, los lombardos, pero también los teutones y los ingleses. Decía explícitamente que estos pueblos pronunciaban y escribían el latín a su modo. Reconocía, pues, las particularidades del latín de las diversas partes de Europa. Esta misma diferenciación puede advertirse en relación con el vocabulario, ya que afirmaba que *hay muchas palabras que vienen de la lengua lombarda e hispánica y de otras lenguas del latín, que han sido introducidas en los libros traducidos.*

Esta observación de Roger Bacon es del todo cierta en lo que concierne al latín medieval en general. No es difícil citar palabras latinas de origen inglés, español, neerlandés,

etc. Fueron latinizadas, es decir, se les dio una forma y una declinación latina, y enseñada fueron incorporadas en el vocabulario latino de diversos géneros literarios, especialmente, en la documentación administrativa-política y en las crónicas, textos que tienen una vinculación más estrecha con la zona y con el tiempo.

En relación con los textos universitarios este fenómeno no ocurre exactamente así, o al menos no se presenta tan pronunciado. En la universidad se imponía rampante la uniformidad de la lengua, que más tarde se llamará *escolástica*, y que era escrita por autores de nacionalidades muy diversas. Por ejemplo, Pedro de España escribió su *Tractatus* probablemente en España o en el Mediodía francés, pero escribía el mismo latín que Robert Grosseteste usaba en Inglaterra. Está claro que ambos leían y utilizaban los mismos textos de base: la Biblia, los autores antiguos, los escritos de Boecio, las traducciones de Aristóteles. Ello indica que tanto los textos como los hombres circulaban muchísimo. Había entonces en Europa una comunidad intelectual que tenía un medio de comunicación común que era el latín, gracias al cual los intercambios estaban muy extendidos. Finalmente, es necesario no olvidar que en los centros universitarios los estudiantes venían de todas partes, y entendían y hablaban el mismo latín a lo largo del día, lo cual naturalmente tendía a estandarizar dicha lengua llegando a convertirla en la lengua codificada, el latín escolástico, una “jerga”.

Por otra parte, los sabios medievales se percataron de algunos problemas que traía la utilización de una lengua para hablar de ciencia. Se consideraba que las lenguas vernáculas tenían un vocabulario muy limitado para permitir correctamente la expresión sapiente. Sin embargo, en cuanto al latín, Roger Bacon se quejaba de su “pobreza”, de su insuficiencia respecto del vocabulario, en particular a causa de la ausencia del

artículo. Basado en parte en la gramática de Prisciano, Bacon pensaba que el latín derivaba del griego y que tenía muy pocas palabras autóctonas. Otros autores, por el contrario, hacían elogios de la lengua latina como instrumento de la ciencia; es el caso de Philippe de Harvengt (siglo XII) que decía que el latín, siendo una lengua sagrada, era por lo tanto próxima, pues había venido a nosotros por el uso y no por una tradición lejana como el hebreo y el griego.

He hecho referencia al latín escolástico, pero también es necesario decir que no era el único latín utilizado en la época. Estaba la lengua técnica de los documentos oficiales, el latín simple que se advierte muy notoriamente en aquellos relatos didácticos o anécdotas edificantes que eran usados por los eclesiásticos en la predicación, los llamados *exempla*, que alcanzaron inmenso éxito a partir de fines del siglo XII; había también una tradición literaria basada en el estudio de los autores clásicos que dieron origen, en las escuelas de gramática y retórica de Orleans, a obras literarias de muy buen nivel, aunque con carácter purista y adulatorio.

¿Cuál fue la naturaleza de ese latín escolástico, de ese latín de los universitarios? Primero, en lo que refiere a la sintaxis, se puede constatar muy fácilmente que ella estuvo mucho más próxima a las lenguas vernáculas que al latín clásico o incluso del post-clásico. Un texto de Boecio, como el *De consolazione philosophiae*, se lee con más dificultad que un texto del siglo XIII. Si se compara, por ejemplo, el prólogo del comentario de Boecio sobre el *Perihermeneias* con el prólogo del comentario de Robert Kilwardby sobre el mismo texto aristotélico, se verá que no solamente el contenido es totalmente diferente, sino que existe también una diferencia en la expresión verbal: en Boecio, las frases son más largas, las construcciones más complicadas, el orden de las palabras difiere de aquello que nos parece natural. Esta evolución se debe en parte al hecho de que el

latín no era la lengua materna de los sabios y que esta lengua materna había ejercido una gran influencia en la manera que ellos tenían de expresarse.

Al mismo tiempo, el latín era también una lengua oral, hablada durante el día en los cursos, en las disputas, los ejercicios de la enseñanza universitaria: a fuerza de escuchar un cierto número de cursos sobre las mismas materias se acumulaba un vocabulario uniforme y codificado, se aprendían los giros y las fórmulas del latín escolástico, que guardaba en parte los trazos de los intercambios orales y parece así menos civilizado que una lengua que es, de partida, una lengua escrita. Los eruditos del siglo XIII se daban cuenta perfectamente de esta diferencia entre el latín de los autores clásicos y el latín de los contemporáneos.

Es el vocabulario del latín escolástico el más típico. Durante estos siglos donde las ciencias se desarrollaron con una rapidez y amplitud extraordinarias, se crearon numerosos términos técnicos para designar conceptos nuevos. A veces una palabra antigua cogía una nueva significación, como por ejemplo, el vocablo clásico *appellatio* que llegó a ser un término técnico de la lógica. Habitualmente, también las mismas palabras nuevas, se formaban sobre la base de raíces antiguas, como *consignificatio*, *individuatío*, etc. Precisamente estas palabras serán objeto de una dura crítica por los humanistas que miraron estos recursos con profundo menosprecio.

Para describir el carácter del latín escolástico, podría decirse que, por una parte,

empleaba un vocabulario codificado, estandarizado, por lo demás conocido por los especialistas de las diversas disciplinas, y su escritura llegó a abreviarse de modo severo. Debido a dichas abreviaciones, que son numerosísimas, en la actualidad los manuscritos no son comprensibles sino solamente a aquellos que tienen un cierto conocimiento de la disciplina. Por otra parte, este latín era una lengua viviente, que se hablaba y escribía, que creaba palabras nuevas, sin la preocupación literaria de parecerse a Cicerón o a San Agustín.

Está claro que una parte de ese vocabulario venía de las traducciones de Aristóteles y de sus comentadores. Para traducir del griego, del árabe, del hebreo al latín, los traductores hubieron de dar prueba de una gran inventiva. Sus métodos no eran siempre los mismos. Todos muestran tendencia a traducir de manera más o menos literal, por respeto a las autoridades, pero había diferencias. Así, Jacques de Venice, que traducía del griego al latín, con frecuencia dejaba palabras en letras griegas, las traducciones de Robert Grosseteste eran extremadamente literales y agregaba frecuentemente notas explicativas.

En los prefacios de estas traducciones se haya, a veces, observaciones interesantes respecto de las dificultades de traducción y de las características del griego y del latín. En este sentido, en el prefacio de una de las traducciones de Robert Grosseteste describe las particularidades de las letras griegas, algunas de las cuales no pueden ser traducidas al latín, y agrega otros comentarios al método de traducción. He aquí:

Hay que saber también que los griegos tienen muchas palabras compuestas, para las cuales los latinos no disponen de palabras compuestas equivalentes. De aquí que para trasladar el latín, los traductores tengan la necesidad de poner muchas palabras latinas para una sola palabra compuesta griega, no pudiendo, a pesar de ello, expresar con toda la propiedad y plenitud de sentido, la intención del autor como lo expresa una sola palabra compuesta en el idioma griego. Por esto que, para obtener una explicación más completa, los comentadores ponen a veces, las mismas palabras compuestas griegas, inventando cuanto es posible, palabras compuestas que le corresponden, prefiriendo hablar menos bien el latín para hacer más manifiesta la intención del autor, y no es inútil, a mi parecer. Hay que saber también que en la traducción latina, especialmente en aquella que se hace palabra por palabra, en la medida de lo posible al traductor, hay necesariamente muchas cosas dichas de manera ambigua y múltiple, que no pueden ser múltiples en el idioma griego... (Franceschini, 1933).

El latín escolástico, influido sin duda por el griego y el árabe, por la intermediación de los traductores, pero también forjado e inventado por generaciones de maestros universitarios, fue una lengua joven y flexible, contrariamente al latín de los humanistas, paralizado en la imitación de los modelos clásicos. Además, la reflexión sobre la lengua como fenómeno universal preparó la base de la lingüística. No solamente para los historiadores, sino también para los filólogos y los lingüistas, la época de las universidades medievales es una época de enorme riqueza e importancia.

[...] *Sciendum etiam quod greci habent plurimas dictionum compositiones quibus correspondentes compositiones non habent latini. Unde necesse habent translators ad hoc ut latine loquantur plerumque pro una huiusmodi dictione composita plures dictiones latinas ponere, que tamen non ad omnem proprietatem vel sensus plenitudinem possunt exprimere mentem auctoris sicut exprimit eam unica dictio greci ydiomatis composita. Quapropter si ad explanationem pleniorum quandoque ponant expositores ipsas dictiones grecas compositas confingentes quantum possunt eis correspondentes compositiones preelicientes minus latine loqui ut mentem auctoris manifestiorem faciant, non erit, ut existimo, inutile. Sciendum quoque quod in translatione latina et maxime que fit de verbo ad verbum, in quantum occurrit transferenti facultas, necesse est pluries esse multa ambigue et multipliciter dicta, que in greco ydiomate non possunt esse multiplicia [...].*

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO

Bibliografía

- AAVV (1969) *Arts libéraux et philosophie au Moyen Age*, Actes du 4^{ème} Congrès de Philosophie médiévale, Montréal/Paris.
- AAVV (1982) *Les genres littéraires dans les sources théologiques et philosophiques médiévales*, Actes du Colloque international de Louvain-la-Neuve.
- AAVV (1982) *The Cambridge History of Later Medieval Philosophy*, Cambridge.
- LÜDTKE H. (1968) *Historia del léxico románico*, Madrid, 1974, pp. 238-48. (Geschichte des romanischen wortschatzes I-II, Freiburg im Breisgau).

- AAVV (1989) *Traductions et traducteurs au Moyen Age*, Ed. G. Contamine, Paris. Especialmente, P. BOURGAIN, *Le sens de la langue et des langues chez Roger Bacon* (pp. 317-331).
- AAVV, (1994) *History of linguistics*, editor Giulio Lepschy, Longman P., New York (1ª ed. italiana 1990), pp. 176-180 a cargo de Edoardo Vineis.
- ALESSIO F., (1985) *Introduzione a Rugero Bacone*, Roma/Bari.
- BAZÀN B.C., FRANSEN G., WIPPEL J., JACQUART D. (1985) *Les questions disputées et les questions quodlibétiques dans les Facultés de théologie, de droit et de médecine*, Turnhout. (Typologie des sources du moyen âge occidental 44-45).
- BREMOND CL., LE GOFF J., SCHMITT J.CL., *L'Exemplum*, fascículo de la *Tipologie des Sources du Moyen Age occidental*, ed. L. Génicot, Turnhout, 1981. Sobre el *exemplum* medieval a partir del siglo XII.
- CHENU M., (1957) *La Théologie au XII^e siècle*, Paris.
- EASTON S.C., (1952) *Roger Bacon and his search for a universal science*, New York.
- HUNT T., (1991) *Teaching and Learning Latin in 13th-century England*, Cambridge, 3 vols.
- LINDBERG D.C., (1983) *Roger Bacon's Philosophy of nature*, Oxford.
- LITTLE-F. PELSTER (1934) *Oxford Theology and Theologians, c.1282-1302*, Oxford. Reimp. Oxford Historical Society, 96.
- LUSIGAN S., (1988) *Parler vulgairment. Les intellectuels et la langue française aux XIII^e et XIV^e siècles*, Paris/Montréal.
- MAIERÛ A., (1994) *The Philosophy of Language* en *History of Linguistics*, London, cap. 2.3.3.
- REILLY L.A., Toronto, 1975.
- TOLSON J. E., (1978) en *Cahiers de l'Institut du moyen âge grec et latin*, vol. 27-8
- WEIJERS, O., (1996) *Le maniement du savoir. Pratiques intellectuelles à l'époque des premières universités (XIII^e-XIV^e siècles)*, Brepols, Turnhout.
- AAVV (1967) *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, Münster i.W./København.
- AAVV (1956) *Mittelalterliches Geistesleben*, München.

Fuentes

- PETRUS ABELARD (1927) *Logica 'Ingredientibus'*, texto editado por. B. Geyer, *Peter Abaelards Philosophische Schriften*, I, Münster, p. 320, en la colección de fuentes *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters* XXI, 3.
- ABELARD (1976-7) *Sic et non*, Ed. B. Boyer, R.McKeon, The University of Chicago Press.
- MAGISTER JORDANUS, *Notulae super Priscianum minorem*, 4-5, publicado por M. Sirridge en *Cahiers de l'Institut du moyen âge grec et latin*, vol 36 , 1980; tb. por Grabmann, *Mittelalterliches Geistesleben* III, München, 1956, pp. 235-6.
- Las obras de ROGER BACON en *Opera hactenus inedita* Oxford, 1928, 13 vols. También, Su *Compendium studii theologiae*, editado en texto bilingüe por T.S. Maloney, *Compendium of the Study of Theology* en la magnífica colección *Studien und Texte zum Geistesgeschichte des Mittelalters*, Leiden, 1988, vol. XX. El tratado *De signis* puede consultarse en *Traditio* 34, 1978, pp. 75-136 editado por K. M. Fredborg *et al.* La *Summa grammatica* debe consultarse en la edición oxoniense *Opera hactenus...*, vol. XV, pp.1-190. El *De signis* puede encontrarse en *Traditio* 34 (1978), pp. 75-136.
- NICOLAS PARIENSIS, Comentario sobre *Perihermeneias*, texto tomado de J. Pinborg, *Die Entwicklung der Sprachtheorie im Mittelalter*, Münster, 1967 (Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters XLII, 2), p. 27, n° 27. Citado por C. H. KNEEPKENS, *The Priscianic Tradition* publicado en la colección AAVV, *Sprachtheorien in Spätantike und Mittelalter*, Tübingen, 1995, pp. 139-64.
- ROBERT GROSSETESTE apud E. Franceschini, *Roberto Grossatesta, vescovo di Lincoln e le sue traduzioni latine*, en "Atti del Reale Istituto Veneto", vol. 93 (1933-34), p. 75.

Colecciones de fuentes

En las siguientes colecciones alemanas compuestas por autores varios (AAVV) se hallan artículos en lengua inglesa y francesa.